

superchería la que inquietaba á Arturo, porque se reía de esa travesura como una buena burla que habia jugado á sus acreedores y á Madama de Kermie; lo que si lo alarmaba era el riesgo de ser cogido, porque sabia muy bien que los corchetes reemplazarian muy pronto á los gendarmes. Además, pensaba que Asthon podia ser arrestado, que todos querrian saber quién era el hombre que habia usurpado su nombre para robar tan generosa hospitalidad, y entonces se esponia Arturo á ser lanzado de la casa como un miserable.

Viendose en esta alternativa y con el auxilio oportuno de Valeriano, preparó su fuga.

Un coche debia esperarlo á media noche á cierta distancia del castillo y llevarlo á Nantes, donde estaba ya tomado su pasaje á bordo de un buque que salia para Inglaterra. El vizconde no habia comunicado á Diana tal proyecto de viaje.

Ese amor que él habia hecho nacer y cuyo pensamiento lo habia distraido en su soledad, podia causar en el momento de la separacion escenas de desesperacion, y él

no queria que estorbasen la ejecucion de su plan. Pero cómo pudo irritar esa pasion hasta el grado á que habia llegado? Este seria el secreto conocido solo de aquella soledad, sino supiésemos demasiado que es el secreto de amor. Cuántas hermosuras hay que solo atraen las miradas de los demas, cuántos talentos que únicamente agradan al talento, cuántas virtuosas á quienes se saluda solo con respeto! Pero se presenta un hombre á quienes todos miran con indiferencia, á quien la mujer no reconoce mas superioridad que la que proviene de amarlo, y sin embargo, lo ama. Este es todo el misterio y no preguntemos mas al amor: estas son las razones del corazon.

Por consiguiente Diana amaba á Arturo, y á la influencia singular que el ejercia sobre ella, se añadia, para acabarla de deslumbrar, ese brillo de nobleza y elevados dotes que habia tomado de otro. Por otra parte, era tanto mas funesta esa pasion cuanto que contaba con la razon del corazon que es ciega, y la razon del espíritu que se creia alerta y perspicaz.

---

No bien hubieron tocado á la puerta principal, cuando el ruido de las armas avisó del peligro á Madama de Kermie, y luego que Diana supo lo que significaba, e clamó: "Yo lo salvaré!" Mientras los soldados penetraban dentro del castillo, corrió al pabellon para dar aviso al preso y sacarlo de allí por la puerta del bosque. Llegó, pero ya era tarde, porque habia centinelas colocadas de trecho en trecho que guardaban todas las salidas de tan vasto recinto. Hacía largo rato que las habia oido Arturo quien apagó la luz, temiendo de que pasando esta por las hendiduras de las persianas, atrajese las miradas de aquellas. Al arrojarle en los brazos de su amante, supo Diana este nuevo peligro, que para un espíritu preocupado como el de Diana, era la muerte misma, la muerte de aquel á quien amaba. Luego no debe estrañarse el que la pobre niña se olvidase de todo menos de la salvacion del hombre que era toda su existencia. Temblaba, miento solo él estaba exasperado como un hombre torpe á quien se coge en la red; mas ella tomaba esta cólera por la impaciencia de un corazon no-

IV.

Una noche, pues, la misma que fijó Arturo para escaparse, esa noche en que á no ser por una reunion fatal de circunstancias solo habria llevado consigo la flor, por decirlo así, de la alma de Diana, su primer amor, dejándole únicamente una desesperacion sin remordimientos, dolor de que uno se envanece, esa noche repetimos, se vió de repente invadia la casa de Madama de Kermie, por una multitud de soldados. Venian á cumplir con la órden de registrar todo el castillo.

ble, que hubiera preferido otra clase de muerte. Por fortuna se oían ya á los soldados dispersándose por el parque, cuando exclamó Diana con ese acento inspirado que es el eco de la idea repentina y feliz que acaba de alumbrarnos:

—Oculte vd. cuanto pueda indicar que hay un hombre en este cuarto.

—Nada queda ya de eso, respondió Arturo.

—Nada decís, esta vd. seguro de ello!

—Sí, añadió aquel, preví el peligro y todo está muy bien escondido.

En efecto había mandado removerlo todo, pero era para fugarse.

—Está bien, dijo Diana, ocultese vd. en el fondo de esa alcoba. La noche está oscura, no es verdad, agregó con voz temblorosa y nada puede percibirse desde afuera!

—Solamente por la voz de vd., sé donde está.

—Bueno, contestó Diana, escondase vd. y deje lo demás á mi cuidado.

Arturo se agazapó en el fondo de la alcoba tras de las grandes cortinas que la adornaban.

Entonces oyó que Diana iba y venía con rapidez por el cuarto. Luego bajó y fué á abrir la puerta que había cerrado al entrar. Ya se escuchaban las vacos de los soldados que se acercaban, y algunas rafagas de la luz que despedían las hachas que los alumbraban penetraban á veces hasta la habitacion, introduciendo en ellas dudosas y fugitivos resplandores. En fin, pusieron los soldados el pié en el quicio.

En este momento se le figuró á Arturo ver una sombra blanca y fluida que pasaba rápidamente por el cuarto; desapareció ésta y Arturo, escondido en el fondo de la alcoba, creyó sentir cerca de sí la respiracion agitada de Diana.

Casi al mismo tiempo entraron los soldados é iluminaron esta pieza.

Salió un grito del lecho donde estaba Diana acostada.

—Qué significa esto! preguntó quien entra aquí!.... auxilio.... auxilio....!

Y fingió tan bien este susto, que se detuvo el oficial que mandaba á la tropa y mandó que retrocediesen los soldados y saliesen

fuera de ese pabellon, que los rumores del público le habian dado mas de una vez á conocer que era el refugio de la señorita de Chivry, de aquella jóven hermosa y ciega, que segun decian, era tan noble y tan pura; morada virginal que estaba protegida por la inocencia y la desdicha.

—Disimule vd. señorita. Tengo órden de registrar todos los rincones de este castillo, pero habria respetado este lugar, si hubiera sabido que venia á interrumpir á vd. en su sueño. Y se retiró. Noble confianza propia de un soldado! Mas este fué el último tributo de respecto que se pagó á la pureza de Diana.

No bien habia salido del pabellon y cerrado la puerta, cuando dijo ella con voz turbada.

—Como! No nos han dejado luz!

—Ninguna.

Y efectivamente era así. La noche no podia ser peligrosa para Diana que no vivia sino en la oscuridad; pero las tinieblas impiden al crimen de palidecer como á la inocencia de avergonzarse, y Arturo no se

estremeció por cierto de cometer un atentado que la noche encubria.

No tenia Diana mas defensa que sus gritos, pero estos podian perder á Arturo.

Y así solo ella quedo perdida.

que en el momento de cometer el crimen  
la noche en la noche en la noche  
Diana una de las que se  
estaba en el momento de cometer el crimen  
y así solo ella pudo haberlo hecho

V.

Ya comprenderá el lector cuales serian la angustia y los remordimientos de su corazón, cuando habiendo regresado al lado de su anciana madre preguntó esta á Diana en medio de la alegría que le causaba la salvacion de su héroe, de qué modo lo habia salvado, de qué artificio se habia valido para detener á los soldados en su investigacion. Las lágrimas fueron su única respuesta, si bien el infame prometiese darle aquel nombre de que no podia disponer, porque no era suyo.

Sin embargo, luego que terminó aquella terrible noche, quiso madama de Kermie que volviese Diana á ver á Leonardo. Tambien ella deseaba verlo otra vez; pero una angustia inesplicable la atormentó mientras se acercaba al pabellon. Si hubiera sido mas inocente no se habria atrevido quizá á comparecer delante de la persona á quien uno quisiera maldecir y á quien se ha perdonado; no habria sufrido la vergüenza de su crimen y sentido el remordimiento de haber absuelto al seductor; no habria resistido á las miradas de las que no podia apartar las suyas sin reconocer manchada su frente. Pero Diana amaba, y poseía esa sumision fatal del amor que pone á su víctima maniatada en manos del verdugo; servidumbre sin retribucion, como toda esclavitud que va acompañada de la degradacion. Se trasladó pues al pabellon y se detuvo largo rato en la puerta.

Oh! se dijo la pobrecita, él ocultará mi vergüenza entre sus brazos, será bastante generoso para no mirarme. Y consolada con esta esperanza, subió la escalera. To-

do su cuerpo temblaba cuando abrió la puerta de esta habitacion fatal. Allí permaneció inmóvil, y esperó.

Por mas de un minuto estuvo esperando; un silencio pavoroso reinaba en torno suyo; un frio helado se apoderó de su corazon, y con voz temblorosa murmuró aterrorizada:

—Leonardo, Leonardo!

Nadie respondió. Entonces cayó de rodillas sobre el quicio de la puerta y tendió sus brazos hácia adelante, gritando: Leonardo, Leonardo!

El mismo silencio fué toda la contestacion. Entonces se levantó loca y desesperada, aplicando el oido á ese silencio mortal. No respiraba en aquel cuarto sopló alguno de vida. Diana se precipitó adentro, lo recorrió todo con las manos, tropezando, lastimándose contra los muebles, retocando varias veces lo que ya habia repasado; pero Arturo ya no estaba allí. Se habia marchado el que habia dicho que ya no queria huir, y que no lo necesitaba ciertamente, puesto que ella habia desviado el peligro con el sacrificio de su honra. No estaba allí! Pero era cosa imposible para ella, y volvió á

emprender sus investigaciones, pero tampoco lo encontró en esta ocasion!

Diana poseía las cualidades que convienen á la desgracia: la sensibilidad del corazon y la fuerza del cuerpo, que son causa de que se sufra mucho sin morir. Su desesperacion llegó pues al colmo, se vió abandonada y perdida; sin honra, sin amor, que es la última miseria de la mujer! Y ademas de eso, esta mujer era ciega! En fin, si alguna vez lo encontrara, no podria dirigirse á él, á menos que él se dignase venir hácia ella!

Cuántos dolores, cuántos tormentos no pasaron en esta alma sin destrozarla! Cuántas dudas horribles y cuantas sospechas funestas no asaltaron su razon sin perderla! Cuán atroz debió ser su suplicio! Sin embargo, Diana habia puesto un término á esta situacion viendo que no podia hacerla sucumbir; sabia muy bien cómo se muere, cuando lo dispone la voluntad, y estaba decidiéndose á ello cuando la vieja Marta tocó á la puerta del pabellon. Y era tan fatal la suerte de Diana, que solo por medio de

otro dolor pudo ella resignarse á ese estado de desesperacion que la iba á precipitar al suicidio.

—Venga vd., señorita, venga vd., respondió Marta; la señora marquesa pretende que solo vd. puede tranquilizarla.

—Pero en qué! preguntó Diana que no tomaba entonces interes alguno por la desdicha agena sino por la suya propia.

—Parece, añadió Marta bajando la voz, que ese caballero don Leonardo Asthon, de quien hablaba con tanta frecuencia y llena de entusiasmo.....

—Bien! y qué tenemos con el señor Asthon?

—Dicen las gentes que está preso.

—Preso! exclamó Diana.

Y antes de pensar en el peligro que corria aquel á quien ella consideraba como su amante, un rayo de alegría y esperanza penetró hasta el corazon de Diana; y aun cuando pensase en el peligro, bastaba que ella recordase que Arturo podia acaso morir, para que viendo una desgracia mayor que la suya, ya no se creyese tan desdichada. Se volvió á toda prisa al lado de su abuela

que le contó cómo habia sido cogido Leonardo Asthon cerca del castillo, por los mismos soldados que lo habian buscado allí. Ingeniosas ambas en defenderlo decian: Madama de Kermie, que se habia puesto en salvo para no exponer á una mujer indefensa á los riesgos de su hospitalidad: Diana, que sin duda habria querido dar su apoyo á algun desgraciado como él. Y ambas esperaron con terror hasta la conclusion de aquel dia.

Valeriano habia desaparecido y se creyó que el miedo lo habria alejado de allí. Cómo pues informarse de la suerte que corria Leonardo Asthon? Qué podia escribirle Madama de Kermie! Hablarle del asilo que le habia ofrecido era comprometerse sin necesidad. ¡Qué recado podia mandarle la ciega! Y qué podria él contestar aun suponiendo que lo recibiese? De esta suerte esperaron ellas al segundo dia, á los siguientes, en fin, meses enteros, una con inquietud y la otra con la desesperacion mas amarga.

Las únicas noticias que les llegaban á veces, las sabian por los periódicos que lacónicamente referian á qué prision habian

mudado á Asthon, por cuántos interrogatorios habia pasado; renglones frios que eran un golpe para Diana y la llenaban de espanto.

De este modo trascurrieron seis meses de silencio, en cuyo intervalo creyó Diana que bien hubiera podido Asthon comunicarle una palabra siquiera que ella sola habria comprendido; seis meses de silencio que Madama de Kermie admitió como una prueba de la delicadeza tan generosa de Leonardo Asthon, que no quería que el mas insignificante recado suyo fuese á llamar la atencion de las autoridades sobre el castillo.

Este plazo de tiempo tan largo para aquellas dos mujeres que acusaban al gobierno de demasiado cruel, se habia dejado correr como un intervalo conveniente entre el crimen y el juicio del acusado, con la mira de dar á este juicio la calma que le ha-

bria faltado quizá, cuando la rebelion estaba reciente. Pero al fin tuvo que empezar este juicio, y no tuvieron por esta vez tambien, Madama Kermie y Diana otro recurso para saber todos los pormenores de dicho suceso, que ocurrir á la relacion fria y concisa que hacian los periódicos. El juicio se terminó en dos audiencias; en la primera no necesitaron probar los testigos un crimen de que se envanecia el acusado; y al leer Madama Kermie estos sucesos á su nieta que la escuchaba sentada á sus piés, la anciana marquesa admiraba este heroismo que desafiaba la muerte, y Diana se lamentaba de ese egoismo llamado honor que hacia olvidar á Arturo que con su muerte la envolvía á ella tambien.

En la segunda audiencia tocó hablar al ministerio y luego al abogado defensor, pero ninguna de aquellas dos mujeres se detuvieron en una sola de las espresiones que se pronunciaron para acusar ó defender á Leonardo. Madama de Kermie buscó solamente y con rapidez el resultado de éste segundo dia y leyó despacio: “A las siete

entraron los jurados en la sala de las deliberaciones.”

—Por fin, qué hay, madre mia!

—No puedo leer.

—Esta vd. muy temblorosa.

—Aguarda.

—Y continuó Madama de Kermie: “Habiendo vuelto á salir los jurados á la media hora de ausentarse, pronuncian el fallo....

—Y bien!.... y bien!

—Su respuesta es afirmativa en todas las cuestiones....

—Y despues!.... querida, madre!

—Oh! jóven desventurado!

—Ay! madre mia! madre mia! lea vd. pues, lea vd!.....

—“El tribunal condena al reo, á la pena de muerte.”

—La muerte! gritó Diana cayendo para atrás como si hubiese visto en el rostro de su abuela la verdad de lo que acababa de oír; la muerte! repitió!.... la muerte!.... Y yo!..... y yo!

—Tú! contestó Madama de Kermie á quien llenaba de espanto ésta desesperacion, tú!

—Sí, yo, replicó Diana, desean acaso que yo me case con él en un patíbulo!

—Casarte con él! exclamó madama de Kermie, casarte con él! Ah! desgraciada, desgraciada! Qué has hecho?

—Madre mia, madre mia! dijo Diana ocultando el rostro en el regazo de su abuela, quise salvarlo!

—Infame! Te ha perdido! Diana, Diana, repeta, respondeme, es cierto lo que decís!

—Madama levantó esa cabeza inclinada sobre las rodillas de la marquesa; pero en esta ocasion pudo mas la desesperacion y Diana no contestó.

—Está muerta, gritó Madama de Kermie, muerta!.....

—Pero aún le faltaba demasiado que padecer para que fuese cierto.

merosa de que una palabra, un solo grito de dolor que se le escapasen á Diana en el primer instante de recobrar la vida, pudiesen informar á los estraños de la deshonra de esta infeliz.

Pero ese esfuerzo fué cuanto pudo hacer Madama de Kermie; una enfermedad activa y violenta se apoderó de ella, y mucho antes que alguien, incluso los médicos comprendiesen toda la gravedad de su situación, habia adivinado que era segura su muerte y estaba próxima. Escribió, pues, á su yerno el señor de Chivry, participándole su enfermedad y lo grave de ésta.

Su carta es demasiado interesante por el laconismo y firmeza que contiene, para que dejemos de transcribirla aquí tal como la supimos literalmente.

“Mi querido hijo: Pocos dias me restan de vida. Esta carta tardará tres para que vd. la reciba, y necesitará vd. otros tres para que nos veamos. Lo espero sin falta. Viviré hasta que vd. llegue, porque tengo que comunicarle cosas que solo un padre debe oír.”

Ya concebirá el lector que semejante car-

VII.

Las emociones de la escena que acaban de describirse, habian sido bastante violentas para que perdiese Diana el sentido. Mas todavía quedaba mucha vida en aquel cuerpo lleno de vigor y juventud para que aquellas pudiesen ocasionarle la muerte; pero no sucedió así con madama de Kermie avanzada ya en edad. Encontró, es cierto, fuerzas suficientes en medio de su justa indignacion para socorrer á su nieta y volverla en sí sin llamar á nadie, te-

ta no podia dejar al señor de Chivry en la incertidumbre de si le era urgente é indispensable su partida. Apresuróse pues á trasladarse al lado de su suegra. Madama de Kermie no habia comunicado este incidente á Diana, á quien no volvió á dirigir una sola pregunta respecto de Leonardo Asthon, desde la confesion que se le habia escapado á su nieta, y el relato que ésta le habia hecho posteriormente. Por otra parte, no podia Diana atribuir esta conducta á cólera ó desprecio, pues nunca le habia mostrado su abuela mas ternura y afabilidad como ahora. Por el contrario, notaba en la voz de aquella señora algo de triste y humilde, como si le pareciese que esta era quien tenia que pedir perdon á su nieta del delito que la deshonoraba.

Madama de Kermie habia dado órden terminante para que Mr. de Chivry fuese introducido á su recámara luego que llegase y sin que lo supiese su nieta; pero la casualidad ó la desgracia lo dispusieron de otra manera.

Era pasada la media noche, y la enferma habia estado muy agitada todo el día,

por que estaba para espirar el tiempo que ella creia serle necesario á Mr. de Chivry para llegar á Machecoul, y no parecia sino que estando segura de vivir hasta esa hora, mediante el poder de su propia voluntad, temia que le fuese imposible pasar mas allá del término que ella misma se habia fijado. Habia obligado á Diana, que la velaba todas las noches, á que se retirase para tomar algun descanso; pero ademas de la enfermedad de su abuela, otra cosa era la que hacia pasar á Diana las noches en claro, por cuya razon fué la primera persona del castillo que supo la llegada de una silla de posta, por el ruido que ésta hizo al entrar.

Los criados á quienes se habia encargado que la aguardasen, previnieron oportunamente á Mr. de Chivry que debia ser llevado en secreto al cuarto de su suegra, con el objeto de que no levantase la voz y fuese oído. Mas no habia venido solo, porque sus dos hijos mayores, que estaban á su lado cuando recibió la carta de Madama de Kermie, insistieron en acompañarlo. El singular contenido de aquella habia desper-